

que, cualquiera que sea la forma que vayan tomando los estados modernos, los hombres que los formen estarán cada vez más distantes del ideal de los jesuitas.

No ignoro que hay entre nosotros personas de gran cultura y respetabilidad, quienes opinan que nuestro pueblo necesita disciplinarse, y que es forzoso buscar el sentimiento de la disciplina en donde se encuentre. Parten de un hecho cierto; pero le aplican o pretenden aplicarle un remedio cuya inutilidad ha probado la experiencia. Muchas cosas puede hacer el hombre; pero no remontar el curso del tiempo. Esas instituciones a que ellos se refie-

ren han tenido un prolongado período de dominación, y no han impedido el fenómeno de que nos lamentamos. Y eso que entonces no encontraban contraste. ¿Cómo han de realizar hoy el milagro que no pudieron en la plenitud de su poder e influencia?

Cuando el cielo se ennegrece y el trueno retumba; cuando se desprende fulgurante el rayo, no va el hombre de hoy a buscar amparo en vanos simulacros, sino acude a los instrumentos protectores que ha puesto a su alcance la ciencia perseverante, su única emancipadora.

Habana, 16 de febrero, 1914.

MANUEL MAGALLANES MOURE

POR PEDRO PRADO

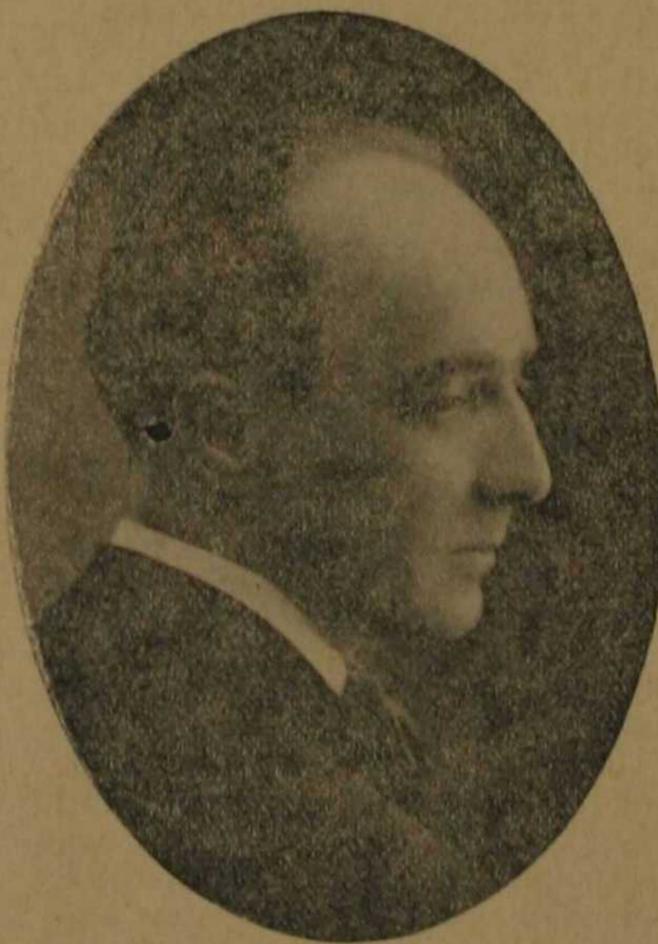
ESTAMOS en Santiago. Es tarde. Falta poco para que el sol se ponga. ¿Quieres, lector, que hagamos una visita al poeta?

Se sale de la capital, lentamente, por la calle de Gálvez; la más estrecha, tortuosa y antigua del barrio sur. Luego de torcer dos o tres veces, el tranvía sale veloz a una amplia avenida. Hay un hospital modelo, una iglesia parroquial y, dispersos, olmos viejos y hermosos. Desfilan las granjas, los parques señoriales, nuevas poblaciones, viñedos y tierras de labor. Se divisan las cúpulas del Observatorio Astronómico de Lo Espejo, los hangares del Aeródromo del Bosque, y llegamos, por fin, a pleno campo.

Desde el camino polvoriento, metido entre paredones de adobón y lindes rumorosas de álamos que, en otoño, brillan como grandes llamas, se divisa la enorme Cordillera de los Andes. Ya el sol se ha puesto. Pero aun, por largo tiempo, alumbrará las altas nieves incendiadas. Nada hay más bello, nada más lleno de sugestión y de grandeza que este espectáculo cotidiano. Es imposible que un pueblo que cada día se ve envuelto en este inmenso fulgor despedido por su propia tierra, y que tiene todo un horizonte abierto hacia el mar, y el otro lanzado hacia la altura, no encierre un porvenir de acción y pensamiento.

El tranvía acorta la marcha y penetra, lento, a una ciudad silenciosa, de casonas amplias, sombreadas por enormes árboles, bañados los troncos en el murmullo de aguas corrientes que reflejan las últimas luces crepusculares. Te encuentras en la ciudad de San Bernardo, ciudad fundada en febrero de 1821, a la cual, pocos años después, se le dió este nombre en honor de Bernardo O'Higgins.

Sí, esta es la plaza. ¿Verdad que es bella con sus olmos añosos, sus ligustros sombríos y su fuente oculta en la espesura? Aquella estatua es la de don



MANUEL MAGALLANES MOURE

Domingo de Eyzaguirre, fundador del pueblo e iniciador del canal que viniendo del río Maipo, riega todas las ricas tierras que se extienden, por leguas y leguas, al sur de Santiago, antes rulos tristes y pedreros.

Pasarán los años y aquí, en esta plaza, se levantará otro monumento, tal vez más pequeño, acaso escondido al lado de la fuente. Será el de Manuel Magallanes Moure, el poeta que defendió los árboles de esta ciudad apacible, donde, al igual de ellos,

calladamente vive. De tarde en tarde canta, y es como si un pájaro, confiado en la soledad ambiente, se detuviese un momento en él. Y luego queda largo tiempo mudo, con esa mezcla hermosa de tristeza grande y de oculta bondad, que sólo ostentan los árboles que crecen aislados.

Su casa está cerca de la plaza. Es una casa baja, sencilla. Por los cristales de la mampara se divisa un patio sombrío y un peumo frondoso. Esperamos largo tiempo, y no acude nadie. Volvemos a llamar, golpeando con los nudillos en los cristales. Se escucha, profundo y denso, ese silencio sedante de las ciudades pequeñas. Acude una sirvienta, y sabemos que el poeta no está en casa.

—Salió—nos dice.—

—¿Volverá pronto? — preguntamos.

— ¡Quién sabe!

—¿A dónde iría?

—No dijo donde.

Manuel Magallanes Moure, un hombre más bien alto que mediano, siempre vestido de negro; con su enorme y combada frente plácida y, hasta ayer, poseedor de una grande y serena barba negra; con sus largos silencios, su bondadosa atención, la fugaz chispa de ironía de sus ojos pardos y pequeños, su reír callado, sus frases vagas y breves, siempre envueltas en humo de cigarros, deja una impresión confusa de quietud o de misantropía. Tarde, sólo al conocerlo íntimamente, sabes que todo aquello es dolor callado. Es ese sufrimiento hondo y constante de los grandes y limpios espíritus amorosos.

El amor en la juventud presta audacia; en la edad madura, ese fuego siempre encendido, es melancólico y adusto como la luz de un faro. El torrero que la enciende, porque ve cruzar lejos los buques iluminados en la noche, cree que en ellos alienta y pasa la alegría.

Más que otros solitarios, este poeta es un ser esencialmente contemplativo. No tiene, ni ejerce profesión o trabajo alguno. A veces, por largos intervalos, escribe. Pasa después cinco o seis meses, en plena Cordillera de Los Andes, en El Melocotón, un lugarejo perdido al amor de las aguas despeñadas del Maipo, en un valle tan angosto, metido entre tan enormes montañas, que el día es tres horas más breve, y eterna la noche, toda rumor y solemnidad.

Allí, con su caja de pinturas, discurre sin prisa y pinta picachos nevados encendidos por el sol poniente; la sombra que sube azul por los agrios faldeos; las nieblas que ocultan las quebradas y cañadones; o bien, cuando la noche se anuncia, esas pequeñas luces encendidas en algún lejano rincón de las solitarias sierras, luces de leña-